

exclama por ahí algun buen chapeton celoso de las patrias glorias : no sabiendo que España cuenta un Guillen de Castro, un Alarcon, un Quevedo, ¿ cómo se atreve á dar puntada en esto que llamamos buenas letras? Si por el verso, allí están los Argensolas, los Ercillas, los Riojas, los Herreras, los Garcilasos ; oiga usted ! los Garcilasos..... Si por la prosa, los Hurtados de Mendoza, los Fuenmayor, los Marianas, los Granadas, los Jovellanos. Desde el Arcipreste de Hita, ninguna nacion más aventajada en ingenios poéticos ; y desde el Infante Juan Manuel, ninguna más fecunda en prosistas de primera clase. Y ahora viene este bárbaro instruidillo á poner el de España despues de otros asientos en el consistorio de los grandes hombres ? Ignora, sin duda, que Rui Diaz hizo pedazos de un puntapié el sillón de marfil del embajador de su majestad cristianísima, con decir que á nadie le tocaba la precedencia donde se hallaba el del rey su señor ? Envaine usted, seor Carranza : no digo yo que España sea más pobre que otra ninguna en varones de pro y loa. Cómo lo he de decir, cuando sabemos todos desde Paulo Mérula, que es la nacion donde los ingenios son felices ? Digo solamente que uno es ser hombre distinguido, y otro ser grande hombre, de esos que el mundo consagra en el templo de la Inmortalidad, é imprime en ellos el carácter que los vuelve sacerdotes de la inteligencia. No se me oculta que el Cid de Guillen de Castro fué la vena que el insigne trágico frances picó para su obra maestra. Voiture, Molière, Lafontaine beneficiaron las ricas minas de Quevedo, Alarcon, el conde Lucanor ; y con elementos ajenos han hecho las preseas con que resplandece la literatura moderna. El

metal ha salido de España ; el arte, el primor los han puesto los franceses. Entre los unos, los grandes ingenios han llegado á ser de renombre universal ; entre los otros, su gloria respeta los términos de la Nacion. Injusticia será del mundo, pero es así. *Dura lex, sed lex.*

Cervantes ha superado los obstáculos que los dioses y los hombres oponen á los que intentan pasar á la inmortalidad : despues de dos siglos de luchar desde la tumba con la indiferencia de los vivos, prevalece, y el mundo le proclama dueño de una de las mayores inteligencias que ha producido el género humano. La Sagrada Escritura, la Iliada, la Eneida, cuál, en el mismo espacio de tiempo, ha sido más repetida y traducida que el Quijote ? Por poco que uno sepa entenderse con la pluma, ya le vierten al inglés : al frances, no hay Perogrullo que no se haga traducir. En Alemania hay sabios que estudian á los ignorantes, hombres de talento que analizan á los tontos. Los italianos son grandes traductores ; todo lo traducen : está bien.

Que nos traduzcan al griego, al latin, esas lenguas muertas, difuntos sabios que yacen amajestados con el polvo de veinte siglos, esto ya puede exitar nuestra vanidad. Don Quijote anda en ruso : el edicto de Pedro el Grande sobre que se rasuren todos cuantos son sus vasallos, no le alcanza á las barbas moscovitas con que se padea en su viaje de Moscovia á Sanpetersburgo.

Anda en sueco, en danes : la antigua Escandinavia no contempló en las nubes, entre las sombras de los guerreros, otra mas belicosa y temible.

Anda en polaco : habia más que Juan Kosciusko hu-

biera convocado un día á todos los caballeros andantes que anduviesen por el Norte? Tal pudiera haber venido entre ellos que bastase para dar al traves con el poder del Cosaco; y no se hallara el gran patriota en el artículo de escribir en la nieve con la punta de su espada: *Finis Poloniae.*

Anda en rumano: las orillas del Danubio le ven pasar armado de todas armas, caballero sobre el corcel famoso que el mundo conoce con nombre de Rocinante. Si no acomete allí de pronto una alta empresa, es por falta de barco encantado.

Anda en catalan, anda en bascuense: oh Dios! anda en bascuense..... Cómo sucede que no ande todavía en quichua? Dios remediará: los hijos de Atahualpa no han perdido la esperanza de ver á ese grande hombre vestir la cushma de lana de paco, en vez de el jubon de camusa con que salió de la Argamasilla.

Cervantes presumia de haber compuesto una obra maestra, habiendo compuesto su novela de Persiles y Sigismunda; y tenia bien creído que los presentimientos de inmortalidad y gloria con que andaba endiosado desde niño, eran efectos anticipados de esta creacion. No sabemos si algun frances de mal gusto haya vuelto á su lengua el tal Persiles; el Quijote, en el cual su autor miraba poco, ha sido puesto en griego, latin, lenguas muertas. En frances, inglés, portugues, italiano y aleman, lenguas vivas. En sueco, danes, lenguas semi-bárbaras, aunque de pueblos muy adelantados. En ruso, polaco y húngaro, lenguas duras y terribles, lenguas de osos y carrascas. En catalan, bascuense, lenguas

extravagantes. Qué otro autor, inglés, frances, aleman, italiano ha merecido los honores de las nieves perpetuas y los de la zona tórrida? Miguel de Cervantes Saavedra es el más singular, el más feliz de los grandes escritores modernos; y los españoles no tienen por qué soltar el moco y soplarse amenazando, cuando decimos de España que no tiene sino á Cervantes. Cuáles son las naciones que cuentan con muchos de esa talla? Por docenas, no hay sino gigantes pequeñuelos. Uno es el que empuña el cetro: el de España, empúñalo Cervantes.

Pues hubo por ahí un Don Valentin Foronda, un Don Agustín Montiano, un Isidro Perales ó Don Blas Nasarre, que tomaron sobre sí el desvalorar á Cervantes; y fueron españoles, ésos! Si se salen con la suya, cuál es el príncipe de los ingenios españoles? Alonso Fernandez de Avellaneda. Gran cosa.

CAPÍTULO VI

Don Diego Clemencin afirma en sus anotaciones que algunos pasajes del Quijote de Avellaneda hacen reir más que los de Cervantes. Puede ser; pero de la risa culta, risa de príncipes y poetas, á la risa del albardan, alguna diferencia va. Pantalón y Escapín hacen también reir en el escenario, y no por su sal de gallaruzas han de tener la primacía sobre esos delicados representantes que, huyendo de la carcajada montaraz, se van tras la sonrisa leve, la cual, como graciosa ninfa, hurta el

cuerpo y se esconde por entre los laberintos luminosos del ingenio. La carcajada es materia bruta : molida, cernida, tras mil operaciones de química ideal, daría quizá una sonrisa de buenos quilates ; bien como el oro no comparece sino en granos ó pepitas diminutas, apartados los otros metales groseros y la escoria que lo abriga en las entrañas. Escritor cuya habilidad alcanza la obra maestra de mantener á los lectores en perpetua risa invisible, es gran escritor ; y risa invisible la que no se cuaja en los labios en abultadas formas, desfigurando el rostro humano con ese *hiatus* formidable que en los tontos deja ver la campanilla, el gargüero y aun el corazón de pulpa de buey. La risa agigantada es como un sátiro de horrible catadura : la sonrisa es una sílfide que en alas de sombra de ángel vuela al cielo del amor y la felicidad modesta. No digo que Cervantes no sea dueño de carcajadas muchas y muy altas y muy largas ; pero en las de este divino estatuario de la risa hay tal sinceridad y embeleso, que no sentimos la vergüenza de habernos reído como destripaterrones, sino después de habernos saboreado con el espeso almíbar que chorrea de sus sales. Cervantes, por naturaleza y estudio, es decente y bien mirado : honestidad, pulcritud, las Musas que le están hablando al oído con esa voz armónica y seductora á la cual no resisten los hombres de fino temperamento. Avellaneda, por el contrario, goza en lo torpe, lo soez : sus gracias son chocarrerías de taberna, y las posturas con las cuales envilece á su héroe, no inspiran siquiera el afecto favorable de la compasión, por cuanto en ellas más hay de ridículo y asqueroso que de triste é infeliz. El mal hijo de Noé, burlándose

de la desnudez de este venerable patriarca, ha incurrido en la maldición de Dios y el aborrecimiento de los hombres : asimismo el bajo rival de Cervantes, riéndose y haciendo reír de la desnudez y fealdad de Don Quijote, ha concitado la antipatía de los lectores y grangeado su desprecio.

Yo me figuro que entre Cervantes y Avellaneda hay la propia diferencia que entre los teatros de primera clase de las grandes capitales europeas, y esos teatritos ínfimos donde ciertos truhanes enquillotran á la plebe de los barrios más oscuros de las ciudades. El Teatro Francés, verbigracia, en París, en cuyo proscenio son puestas á la vista las obras maestras de Molière y Beaumarchais : donde el Misántropo desenvuelve su gran carácter : donde Tartufo asombra con los falsos aspectos de la hipocresía : donde Don Juan pone por obra los arbitrios de su ingenio tenebroso y su corazón depravado : donde el Barbero de Sevilla derrama á manos llenas la grata sal que cura tristezas y remedia melancolías : donde Don Basilio enamora con su papel de confidente, al cual tan sólo por el respeto debido á la sotana no le designamos con el nombre de echacuervos : donde las chispas del ingenio hacen un ruidecillo que parece música de alegres aves, y las malicias del amor vuelan encarnadas en cuerpos de donosos silfos. Allí, ante esa representación grandiosa de las costumbres desenvueltas por la inteligencia de primer orden, la carcajada no tiene cabida : si se atrevió á venir, á la puerta se quedó, contenida por la estatua de Voltaire, el cual nunca se rió como echacantos, risa alta y pesada, sino bajito,

pian pianino, y en forma de puntas buidas metió su risa por el corazón de los errores y las verdades, los vicios y las virtudes. Así como Rabelais es el padre de la risa francesa, así Molière es el padre de la sonrisa: sonrisa culta, pura; sonrisa de buena fe, de buena casta; sonrisa agradable, saludable; sonrisa señora, sonrisa reina, que temería caer en la desconsideración de las Musas, si se abultase en términos de dar en risa declarada: sonrisa sin voz ni ruido: estampa muda, pero feliz, donde el placer ejecuta sus mudanzas, asido de las manos con esa deidad amable que nombramos alegría.

Avellaneda es brutal hasta en sus donaires: no de otro modo los trufaldines de la Barrera del Infierno dan saltos de chibo, gruñen como cerdos, embisten como toros, y profieren sandeces de más de marca para hacer reír á la gente del gordillo que está revuelta al pié de esas tablas miserables. Por donde podemos ver que en justicia el monje ruin que irrogó tantos agravios al autor del Quijote, no es su competidor, ménos su émulo: rival es, porque obran en él envidia, odio, deseos nefandos, y el rival no ha menester prendas ni virtudes, siendo, como éstas son, excusadas para el efecto de aborrecer y maldecir. Admiranos, por tanto, hubiese habido entre los sensatos españoles quienes diesen la preferencia á la obra sin mérito del supuesto Alonso Fernandez de Avellaneda sobre la fábula inmortal de Miguel de Cervantes, príncipe de sus ingenios. Yo supongo que la buena fe no mueve el ánimo de estos autores; y si por desgracia la abrigasen cuando juzgan á Cervantes inferior, y con mucho, al tal Avellaneda,

harto fundamento nos darian para que á nuestra vez sintiésemos mal respecto de su inteligencia. Las proezas de la envidia no son de ahora: ésta es la primogénita de las ruines pasiones: Abel es menor que Cain. El cisne de Mantua fué mil veces acosado por cuervos que echaban graznidos siniestros en torno suyo; pero el lodo que Mevio y Bavio le arrojaron, no llegó jamás á ensuciarle la blanca pluma, y así limpio, casto, puro ha pasado hasta nosotros, é irá pasando á las generaciones venideras. Horacio, juez supremo en poesía, proclama á Virgilio el primero de los poetas, despues de Homero: Ovidio canta los triunfos de su maestro: Tuca, Vario, en gran prosa, ensalzan al autor de las Geórgicas, y poseidos del furor divino conmueven el universo con la admiración gratisima con que le vuelven inmortal. Mecenas tiene á honra ser su amigo: Augusto cifra su gloria en tenerle á su lado: el mundo todo se inclina ante el foco de luz que brilla en esa cabeza, el fuego sagrado que arde en ese pecho y vuela al cielo en llamas poderosas. Y hay un Mevio que le insulta, le calumnia, le denigra; un Bavio que hace fisga de él, le escupe, le escarnece. El bien y el mal, la luz y las tinieblas, la verdad y la mentira son leyes de la naturaleza: querer hallar solas á las divinidades propicias, es querer lo imposible. No tenemos idea del bien, sino porque existe el mal: la luz no fuera nuestro anhelo perpetuo, si no reinara la oscuridad; y la verdad seria cosa sin mérito, si no estuviese de día y de noche perseguida y combatida por la mentira.

Para un Sócrates, un Anito, un Melito: en no existiendo estos anti-filósofos, ¿quién acusara al maestro?

Para un Sócrates un Aristófanes : sin este poeta-histrion, ¿quién se burlara de las virtudes?

Para un Homero un Zoilo ; sino la envidia se queda con su hiel en el pecho. Para un Homero un Escaligero ; sino , la basura no cubre las piedras preciosas.

Para un Virgilio un Mevio, un Bavio : preciso era que inteligencia superior, corazon sensitivo, alma pura, buenas costumbres, poesía en sus más erguidas y hermosas disposiciones tuvieran enemigos que las hicieran resaltar con el contraste de los vicios fingidos por la calumnia.

Alfesibeo es un mágico que por medio de sus encantos obliga á salir de la ciudad á Dafnis, su amada, y venirse á él á pesar suyo. Hechicero ! hechicero ! grita Mevio. Brujo ! brujo ! grita Bavio. Los personajes imaginados por el poeta son el poeta mismo : las aventuras de los pastores de Virgilio son de Virgilio mismo. Así hemos presenciado casi en nuestros tiempos la cruzada impía que los perversos junto con los ineptos han hecho contra uno de los mortales más llenos de inteligencia y virtud que pueden salir del género humano : virtud, entendiéndose por ella ahora esa gran disposicion del alma á lo bello y lo grande, aun cuando los tropiezos de la tierra y la maldad de los hombres le hubiesen aproximado al que la poseia á los vicios, y por ventura al crimen. *El Giaur* fué hijo de una imaginacion candente, nacido entre torbellinos de humo negro y encrespado ; no fué persona real, de carne y hueso : Manfredo, ese como Doctor Fausto de los Alpes, que aterra con sus cavilaciones y da espanto con sus evocaciones, no fué el

poeta que le dió vida soplando en su propio corazon con la fuerza del alma desesperada. El Corsario, ese terrible ladron de los mares, para quien la vida de sus semejantes vale ménos que la de un insecto, no fué el mismo que ideó su carácter y le dió cuerpo hermoso. Y con todo, sus contemporáneos temieron, aborrecieron, combatieron á ese poeta, tomándole, mal pecado, por los héroes de sus poemas, cuando las virtudes, virtudes grandes, se gallardeaban como reinas en su corazon inmenso. Lord Byron no es ya el vampiro que se harta de carne humana en el cementerio á media noche, y entra á su palacio á beber vino en un cráneo de gente convertido en copa : no es ya el Don Juan Tenorio que engaña y seduce, fuerza y viola, se come á bocados honestidad y pudor, sin respeto humano ni divino, esclavo de la concupiscencia : no es ya el homicida secreto que ha derramado sangre inocente, por averiguar misterios perdidos en la vana ciencia de la alquimia. No es nada de esto : desvanecida la impostura, purificado el juicio, la generacion presente ve en él, no al ateo, no al criminal, sino al poeta, al gran poeta, y nada más. Desgracias excepcionales y dolores profundos le volvieron hosco y bravo : así como amaba el amor, cual otro Vicario de Wakefield, así le obligó el mundo injusto y perverso á amar el odio : Lord Byron amó y aborreció : amó como serafin, aborreció como demonio. Su alma, en tempestuoso vaiven entre estos dos abismos, cobró proporciones, unas veces de ente divino, otras de hijo del infierno. Bregando, forcejando, gritando, aleteando cual águila loca, vivió el poeta su vida de suplicio, devorado el pecho por una legion de ánge-

les convertidos en furias. Así á Virgilio, en otro tiempo, quisieron atribuirle vicios y culpas de sus héroes; cuando su buena índole, la apacibilidad de su genio, su bondadosa mansedumbre le volvian amable para todos los que no abrigasen en su seno esa vibora inspiradora de maldades que llamamos envidia.

CAPÍTULO VII

En una de las comarcas de Italia más ricas y hermosas nació un niño á principios del siglo décimocuarto. Las Gracias tuvieron cargo de él durante los años de su infancia, las Musas le tomaron por su cuenta desde que tuvo uso de razon. Bien así como el caballero de la Ardiente Espada habia nacido con una hoja de fuego estampada en el pecho, asimismo ese niño parecia ceñir sus sienes con una corona luminosa, la cual era por ventura una mirada especial con que la Providencia quiso agraciar al recién nacido. Esa sombra de luz celeste fué precursora de la corona verdadera con que los hombres, admirados, honraron y distinguieron á ese niño andando el tiempo: Francisco Petrarca fué coronado en el Capitolio por mano del Senador, en una de esas solemnidades que no suelen prevenir los Gobiernos sino para las grandes ocasiones. Quince mancebos de las familias patricias de Roma, vestidos de escarlata, van precediendo al poeta con sendas palmas en la mano: los altos dignatarios del Estado, los senadores metidos en loras de terciopelo verde, siguen tras él con dife-

rentes insignias cada uno: el pueblo, en multitud inmensa, forma una procesion interminable. Ahógase en gente el Capitolio: Orso, Senador, se levanta en pié y exclama: Oh tú, el mayor de los poetas, ven y recibe la corona del mérito! El poeta, pálido, pero hirviendo en mudo júbilo, da cuatro pasos apoyado en las Musas invisibles; el Senador le pone en la cabeza una corona de laurel, mientras el pueblo asorda la ciudad y los montes vecinos con un aplauso gigantesco. Incontinenti salen todos y se dirigen á la basilica de San Pedro, en cuyas aras deposita el poeta, como ofrenda á la Divinidad, la corona que ha ganado por medio de la inteligencia.

En un mismo dia Francisco Petrarca habia recibido cartas del Senador romano, del Canciller de la universidad de Paris y del rey de Nápoles, por las cuales le llamaba cada uno con instancia á recibir « la corona del ingenio. » Rara coincidencia que causó en el agraciado una como supersticiosa maravilla de gran poder en su ánimo. Decidióse por Roma, y no fué mucho: la ciudad de los Césares, la ciudad de los Papas, la capital del mundo era siempre más que otra cualquiera, aun cuando ésta fuese Paris, teatro de las grandes representaciones y los triunfos de Abelardo. Voltaire ha intentado achicar á Petrarca, poniéndole atras de ciertos poetas franceses, muertos para la posteridad: Petrarca vive, y su corona, la corona del Capitolio, está resplandeciendo á los ojos del género humano. El palaciego de Federico ha salido mal en esto, como en muchas cosas. Un bardo amabilísimo de nuestro siglo, bardo cristiano y sencillo, le lleva la contra al viejo descreído de Ferney, y sostiene que Petrarca

es el primero de los poetas de los tiempos modernos, sin que haya uno solo en Francia, Inglaterra, Italia misma que le alcance al solitario de Vaclusa, y ménos que le tome la delantera. Lamartine es tan propasado en sus fervores, que por poco que delire da en lo absurdo : si no fuera tan serio, tan grave, tan superior este hombre, haria reir muchas veces, como cuando afirma que un verso de Petrarca vale más que toda la prosa de Platon. Montaigne diria justamente lo contrario, esto es que una línea de la prosa de Platon vale más que todos los versos de Petrarca. Si el uno de estos críticos es más admirable como poeta, el otro es más respetable como filósofo, y merece más crédito ; si bien es verdad que á juzgar de los poetas líricos por la idea que de ellos tienen Montaigne y Montesquieu, esos *ergotistas*, como los llama el viejo gascon, no son ni para servir á la mesa de los hombres de mérito. Lamartine, del oficio al fin, propone exageraciones que á poca costa las llamarian disparates los filósofos.

Hubo por el mismo tiempo un pobrecito llamado Serafin Aquilano que dió en metrificar á despecho de las hijas del Parnaso. Los envidiosos de Petrarca pararon la oreja, le animaron. El vatecito ardió en celos, se puso de puntillas, se estiró cuanto pudo, y alargando el brazo, pensó que habia tocado las estrellas. Los aborrecedores de Petrarca se pusieron á gritar : Viva Serafin Aquilano ! El Fénix ha parecido ! Pan ha resucitado ! Y Petrarca no fué nada desde entónces : pospuesto, insultado, arinconado, el amante de Laura se dejó estar llorando en silencio su amor infeliz en su recepto de Aviñon, sin

que le diesen pena las vociferaciones y los embustes de sus enemigos. Serafin Aquilano estaba triunfante : sus obritas, mil veces reimpresas en ediciones primorosas, corrian por Italia en alas de la envidia. La conspiracion era verdaderamente atroz ; atroz y eficaz : el pobre Serafin, ídolo facticio de los perversos, llegó á tenerse por el Apolo, no de la mitología, sino de la realidad, del Olimpo cristiano donde Júpiter mismo le ensalzara con una mirada de distincion. Serafin por aquí, Serafin por allí : todo era Serafin Aquilano, gran poeta. Orso, coronando á Petrarca en el Capitolio á nombre de Italia y su siglo ; la Universidad de Paris rindiendo homenaje al ermitaño de Vaclusa ; el rey de Nápoles, Roberto, el sabio rey, saliendo al encuentro del poeta con la diadema en la mano, dieron en tierra con la falsa gloria de Aquilano, y levantaron á Francisco Petrarca una estatua impalpable, más preciosa que el oro, más sólida que el bronce.

La misma táctica hemos visto despues en contra de Racine, quien tuvo tambien no pocos envidiosos denigra-dores. ¡ Y digo si el autor de *Atalia* pudiera haber tenido competidores ni en tiempo de Sófocles ! Un critico célebre llama á la *Andrómaca* la obra maestra del teatro ; pero *Atalia*, dice, es la obra maestra del entendimiento humano. El rey Luis décimocuarto prohibió la representacion de esta obra sublime, porque, dijo, semejante majestad no puede dejar de ser profanada en manos mortales. Tragedia cuya fuente es la Biblia, « *Atalia*, » es un monumento religioso : el templo de Salomon, Acab, la reina perseguidora de Dios : idóla-

tras, judíos : las pasiones más profundas del género humano puestas en giro con habilidad maravillosa : poesía que corre á torrentes de la cumbre del Oreb : versos de cadencia pura : sentimientos del ánimo, como si los hombres fueran todos réprobos ó santos : catástrofes estupendas : lenguaje inimitable ; he aquí « Atalía, » he aquí el poeta que la compuso. Pues hubo quienes tuviesen á Racine por inferior á Pradon, muy inferior : un tal Pradon ; un cierto Pradon ; un Pradon ; un hombre llamado Pradon, que ha sido poeta, dicen, y ha imaginado piezas teatrales de alto coturno. Racine se está hombreado antelos siglos con los grandes trágicos griegos : Esquilo, Eurípides, Sófocles, sus maestros, se ponen de piés cuando él entra á su academia, y le señalan alto puesto. En Roma no tiene igual : Séneca es interesante cuando, entrando el conspirador al palacio de Augusto, le hace decir al gran déspota. « Cina, toma una silla ; » pero muy léjos se halla el poeta romano del frances, cuando éste levanta el vuelo y va á llamar á las puertas de la Belleza Infinita.

En los tiempos modernos Shakespeare es el intérprete más poderoso de las pasiones mundanas, el gran levita del terrenal amor : Racine, en « Atalía, » es el poeta de las pasiones divinas. Las obras donde entren Dios y la religion serán siempre superiores á las que versan puramente sobre cosas humanas.

La estrategia de la envidia, en todo tiempo, ha sido oponer los mediocres á los ingenios superiores, procurando que del ensalzamiento desmedido de los primeros resulte la desestima que los ruines ansían para los se-

gundos. Esta providencia infame suele ser tan comun, que todos los dias la vemos puesta por obra, aun entre nosotros, pequeñuelos. Si uno amenaza con prevalecer por el talento sobre amigos y enemigos, allí están todos, unidos con los lazos del odio, para echarse ladrando sobre el pícaro que tiene la avilantez de ser más que ellos. Dotóle naturaleza con sus altos dones : ellos se los niegan, y se cierran en su dictámen. Inteligencia : no señor ; un poco de imaginacion, y nada más ; superficie, epidérmis ligera ; rásquesele con vigor, y el tonto comparece.

Sabiduría. Sabiduría... si sabe que no sabe nada ; y no á la manera del hijo de Sofrónismo, sino nada, lo que se llama nada. Sabe lo necesario para deslumbrar á los ignorantes y embaucar á los bobos : sabe que es un pícaro. Sabe que somos nobles y traemos la bolsa herrada. Sabe... ; qué más sabe ? — Que nosotros no sabemos leer ni escribir, responde el más hombre de bien y sincero de los señores.

Sensibilidad exquisita, don de lágrimas, poesía del dolor : todo es ficcion : es un perverso. Si pudiera, exterminara al género humano : es asesino teórico : no le falta sino la práctica ; y quién sabe : si Dios no me estuviera viendo, yo dijera que ése se tiene guardados sus dos ó tres homicidios. No le ven la cara ? qué cara !

Rectitud, probidad : bribon : como él no puede nada, piensa que el buscar la vida es reprehensible. Si estuviera en su mano, nadie tuviera cosa ; todo fuera suyo.

Austeridad, severidad : malvado : no deja pasar un punto, ni el menor : todo lo ve, todo lo censura, todo lo condena. Es un argos el canalla : manos puercas,

uñas largas, no perdona. Mata uno un lobo ; allí está él para sacarnos los efectos de la embriaguez, para insultarnos con las purezas de la templanza. Él llama templanza eso de no beber, no esparcirse nunca. Ese zanguango no ha enamorado en su vida ? no sabe que faldas sin copas no son sombreros ?

Virtud, oh virtud, pobre virtud, el mundo no es tu reino : amenazas, peligros, ofensas, por donde quiera te rodean ; y aun muy feliz si no sucumbes, mordida de perros, acoceada de asnos, devorada de tigres. Virtud, oh virtud, santa virtud, levanta el vuelo, huye, enciértrate en el cielo, adonde no podrán seguirte los demonios que con nombre de hipocresía, envidia, soberbia, odio insano, corrupcion, infestan este valle, no de lágrimas, sino de hiel y sangre ; valle oscuro, lóbrego, por donde van corriendo en ruidoso tropel esas fieras que se llaman desengaños, venganza, difamacion, calumnia, asesinato, impudicia, blasfemia, tras las virtudes que huyen á tropicónes, y al fin caen en sus garras dando armónicos suspiros que suben á la gloria en forma de almas puras.

Mevio y Bavio persiguieron á Virgilio : Serafin Aquilano fué superior á Petrarca : Pradon vió para abajo á Racine ; todo por una misma causa. La envidia es ciega, y con todo ve muy bien á qué centro tira sus líneas. He allí, pues, un tal Alonso Fernandez de Avellaneda que sin empacho se pregona superior á Cervantes en ingenio, y por via de comprobar sus aserciones le llama pobre, mendigo, manco y otras de éstas. Que pagado por un aborrecedor oculto hubiese el fraile infame es-

crito su mal libro, ya pudiéramos haberlo llevado en paciencia ; que haya en España hombres de entendimiento harto confuso y de intencion harto menguada para desdeñar la obra inmortal de Cervantes por el polvo y ceniza de Avellaneda, esto es lo que no nos cabe en el juicio. ¿ En qué estaria pensando Don Agustin Montiano cuando dijo, que si algunos preferian á Cervantes era porque andaban muy desvalido el buen gusto y la ignorancia de bando mayor ? Este mal Español recibió, sin duda, lecciones del viejo barbalonga, ese calvo de agrio corazon y aguda lengua que hiere en la gloria de Homero y trata de apagar la luz que irradia por el mundo. Zoilo, osado antiguo que tuvo la soberbia de concebir envidia por el ciego de Chio, este pontífice de los dioses y padre de las Musas ; Zoilo, no puede enseñar el bien y la verdad, siendo como es la envidia encarnada en miembros de un hermoso, pero irritado demonio. Para volverse respetable aun en el ejercicio de la difamacion, Zoilo contaba con esa calva sublime que ha pasado á la posteridad, y esa barba de Termosiris que en largas madejas blancas se le descuelga por el pecho hasta el ombligo. Si Montiano careció de estas ventajas, fué dos veces tonto y dos veces atrevido en su empresa de dar al traves con la fama de Cervantes.

CAPÍTULO VIII

Si es disposicion secreta de la Providencia que los hombres de facultades intelectuales eminentes y virtudes superiores han de vivir sus cuatro dias en la tierra